



MARIA DE LA ASUNCIÓN DE BOBADILLA

Hace unas semanas hablé de Manuel de Llanza y dije que trataríamos la extraordinaria figura de su mujer, que fue baronesa de Vilalba Sasserra, Cànoves y Samalús. Pues bien, esta semana hablaremos de ella. María de la Asunción de Bobadilla y Martínez de Arizala, nació el 15 de agosto de 1860 en Villafranca de Navarra. Era hija del ilustre prohombre carlista Manuel de Bobadilla y Escrivá de Romaní y de María de la Concepción Martínez de Arizala y de Sabater. Por matrimonio, en 1881, con Manuel de Llanza y Pignatelli de Aragón, era duquesa de Solferino, marquesa de Coscojuela de Fontova, condesa del Castillo de Centella, baronesa de Alcarraz y Almuniente, Princesa de Castiglione y del Sacro Romano Imperio y Grande de España, entre otros títulos. María de la Asunción de Bobadilla falleció el 7 de noviembre de 1898, como consecuencia del tifus, en Villafranca de Navarra.

A su muerte, toda la prensa carlista y liberal, expresó su profundo pésame a la familia por la pérdida de tan ilustre dama. Hemos seleccionado parte de estas reseñas por considerar que, a través de ellas, se apreciará mucho mejor quién fue esta ilustre dama.

La Hormiga de Oro, el martes 22 de noviembre de 1898, publicó la siguiente crónica: "Muchos católicos recordarán sin duda con nosotros uno de sus hechos más hermosos y notables. Numerosa y devota peregrinación nacional había ido el año 1880 a postrarse ante el bendito Pilar de Zaragoza.

Paseaba por las principales calles de aquella heroica ciudad imponente procesión de peregrinos. Asustada la impiedad por la manifestación grandiosa de la fe de un pueblo, hizo estallar varios petardos en medio de las apretadas filas de romeros. Ante el estruendo de dichas explosiones faltó la serenidad a algunos y la calma a muchos devotos. Cuando la procesión se interrumpía porque huían despavoridos los católicos, una señora sale de las filas y levantando el pendón de la Virgen, plantase en medio de la calle a arengar a los peregrinos, alentándoles con frases elocuentes y sentidas a que sin temer a nadie ni a nada prosiguieran su camino. El acento de dichas palabras debió llegar al alma de los peregrinos, pues éstos volvieron a su sitio correspondiente, y la procesión, más compacta y entusiasta que antes, siguió su camino y llegó sin novedad al término de su jornada. La mujer que con su prodigiosa intervención había logrado el éxito obtenido era la Duquesa de Solferino.

Bien dijo de ella una ilustre dama, testigo de sus actos y admiradora de sus dotes: "La Duquesa de Solferino es una señora que posee corazón de mujer y alientos de hombre". ¡Cómo conocía Doña María Berta de Rohan a su leal servidora y amiga!".

El Diario de Barcelona escribió: "distinguíanla, empero, dos cosas que en ella se acentuaban de un modo especial: su amor a los pobres y su entusiasmo varonil por la causa que sustenta D. Carlos de Borbón. En ambas había



La familia de la baronesa de Vilalba Sasserra, Cànoves y Samalus al completo.

dado pruebas de carácter poco común. Madre y esposa amante, jamás sacrificó en lo más mínimo sus sentimientos a la ostentación que su elevada posición podía haberla impulsado. Dios haya acogido en su seno el alma de la virtuosa señora".

La Tradición, de Palma de Mallorca, el 12 de noviembre de 1898 escribía: "Era a último de febrero de este año, cuando habíamos acudido al muelle para despedirla de una su excursión a Mallorca con objeto de visitar a su no menos ilustre hermana la señora Marquesa de Zayas. Ella, la amabilísima e integérrima Duquesa, departía amigablemente con todos, especialmente con los que en nombre de la colectividad carlista, habíamos acudido a tributarle el homenaje de nuestra admiración y simpatía. Llena de esperanzas por el pronto triunfo de la causa, nos infundía a todos aliento, presagiando la verdadera REGENERACIÓN de esta patria infeliz aniquilada por los desaciertos liberales. Poco antes de levar anclas el vapor, tendía a todos la mano la entusiasta señora, saludándonos por despedida con un ¡viva el rey! Que reflejaba sus sentimientos, sus virtudes, su modo de ser en una palabra".

El Noticiero Universal escribió: "Cuántas personas pudieron apreciar las excelentes cualidades que adornaban a la finada, su magnánimo corazón y gran talento, han acudido hoy al templo a impetrar del altísimo todas las gracias para el alma de tan bondadosa dama... Una el señor duque de Solferino y su distinguida familia a las muchas pruebas de aprecio, consideración y pésame que ha recibido, la nuestra, muy sentida y leal". Los funerales se celebraron en la iglesia de San Jaime de Barcelona, y el Orfeón Catalán interpretó la gran misa de réquiem del maestro Tomás Luis de Victoria.

La Cruz de Sobrarbe, de Barbastro, escribió:

"Entusiasta defensora de nuestros ideales, a ellos consagró las energías de su espíritu más varonil que otra cosa, cuando de la propagación de nuestros santos principios se trataba".

La Comarca de Vic escribió: "Fresca está además todavía en la memoria de todos nuestros amigos la importante parte que tomó aquella animosa Señora en aquellas memorables luchas electorales en que, capitaneadas nuestras fuerzas por su dignísimo esposo, el Sr. Duque de Solferino, conseguimos la más señalada victoria contra todos nuestros enemigos que, unidos en estrecho haz y bajo el amparo del más tiránico caciquismo y de la más desvergonzada presión oficial, hicieron desesperados esfuerzos sólo para ser más humillante su derrota.

Ha muerto como había vivido, puesto en Dios y en su rey el pensamiento y piadosamente pensando justicia Divina habrá dictado favorable fallo a favor de aquella alma hermosa que jamás infirió daño a nadie y siempre estuvo dispuesta a dispensar favores a los necesitados de amparo".

La Esperanza de Cuenca dijo: "Por su eterno descanso se celebraron en Lucerna (Suiza) el día 9 de los corrientes, solemnes funerales, a los que asistieron los augustos Duques de Madrid, los infantes Don Alfonso y Doña María de las Nieves, con sus séquitos respectivos, el Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo, los Sres. Sivatte, hermanos de la difunta, el Sr. Olazábal y el Conde de Ayauz".

Finalizaremos esta glosa a la figura de María de la Asunción de Bobadilla, con el telegrama que Carlos VII le envió al Duque de Solferino: "Lucerna 8 (12,15 t.) - Penetrados de dolor por la pérdida de nuestra querida y fidelísima Asunción, la lloramos contigo y con los tuyos, rezando por ella y por vosotros. Carlos. María Berta".